

La fundamentación bibliotecológica de la imagen como aporte a la Agenda Internacional de Información

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Universidad Nacional Autónoma de México

El diccionario Larousse define una agenda como el “conjunto de actividades que se han de hacer en un periodo determinado”. Con base en esto, puede decirse que el conjunto de actividades que se desarrolla en el periodo actual respecto a la información internacional se ha vuelto en extremo complejo y vertiginoso. Esto ha propiciado un entorno social determinado, esto es, estructurado y orientado por las diversas expresiones informativas. De ahí que, aún muy recientemente, se hablara de la sociedad de la información como una fase de desenvolvimiento histórico, como se hace referencia a la sociedad mercantil o a la sociedad industrial, propia de la Modernidad.

Ante este panorama dominado por la información en sus múltiples manifestaciones, los diversos campos de conocimiento, sobre todo aquellos que de forma directa se correlacionan con el fenómeno informacional, tienen que

responder ante las pautas que marca tal agenda o, en otras palabras, tienen que plantearse qué pueden aportar al conjunto de actividades que determinan el despliegue informacional de lo que actualmente se denomina *sociedad del conocimiento*, que bien puede considerarse como una fase superior de la *sociedad de la información*. El campo bibliotecológico se encuentra inalienablemente correlacionado con el fenómeno de la información, por lo que puede plantearse como uno de sus aportes a la susodicha agenda internacional de información (y es la peculiar propuesta de la reflexión aquí desarrollada) una concepción propiamente bibliotecológica de la imagen. Para explicar este fenómeno, propongo seguir una vía inversa: comenzar por la parte final; es decir, con la respuesta a la cuestión planteada, para luego hacer el recorrido inverso y llegar al inicio.

Cuando se propone un aporte de la Bibliotecología a la agenda internacional de información, la respuesta a la cuestión planteada es que *una concepción de la imagen fundamentada desde sus supuestos como ciencia hace referencia a la construcción conceptual y teórica de la imagen como un objeto de conocimiento claramente bibliotecológico, lo que a su vez implica delinear su carácter de objeto informacional desde los fundamentos propios de la ciencia bibliotecológica*.

Se trata de un aporte signado por esta ciencia al conjunto de actividades informacionales que marcan con su impronta a las sociedades actuales. A su vez, esto nos plantea interrogantes sobre el significado del proceso cognoscitivo de construcción conceptual y teórico de la imagen, así como sus implicaciones para el campo bibliotecológico.

Para dar el primer paso hacia atrás, es pertinente justificar por qué es la imagen el objeto elegido para emprender su construcción epistemológica en el campo bibliotecológico.

Como es sabido, los objetos (y sus correspondientes prácticas) en los que por tradición se ha centrado el *saber bibliotecario* y el *conocimiento bibliotecológico* son los de carácter bibliográfico: el libro y sus derivados. En cuanto constructos de palabras escritas, han sido prioritaria y privilegiadamente los objetos de los que se ha ocupado a lo largo de su desenvolvimiento la actividad bibliotecaria. La biblioteca se configuró como correlato y garante del ascenso y desarrollo histórico de la cultura escrita. En esa gesta histórica del saber bibliotecario con la palabra escrita, la imagen vivió en la sombra y, tácitamente, su vivir fue como sombra que ilustraba un texto. Las ilustraciones han acompañado a los libros desde sus orígenes, pero sin un estatus de equidad respecto a las palabras; sólo hasta una época relativamente reciente tal situación ha cambiado.

Hacia mediados del siglo XIX, cuando se constituyó el campo bibliotecológico en el mundo anglosajón, principalmente en los Estados Unidos, aquél coincidió con el paulatino ascenso de las imágenes como presencia ineludible en la sociedad. Conforme se ha dado el desenvolvimiento de este campo a lo largo de su fase de constitución hasta llegar en la actualidad al límite, la susodicha fase se fue consolidando socialmente, e incluso la imagen llegó a ser predominante en varios aspectos.

Pero el campo ha seguido anclado al universo bibliográfico; sin embargo, la diferencia entre ambas instancias históricas (la biblioteca en su multiseccular ciclo autorreferencial y la “reciente” constitución del campo) frente a las imágenes, es que durante siglos éstas tuvieron una presencia limitada en la sociedad, mientras que actualmente son insoslayables en la vida cotidiana de las personas e incluso en gran medida determinan su existencia. Es por ello que el campo bibliotecológico se encuentra en una peculiar encrucijada:

adherido a los objetos bibliográficos y mirando de soslayo el empuje de las imágenes. Esta encrucijada es legible a partir de la consideración de que las imágenes no le son del todo ajenas; de hecho le son objetos propios puesto que también son objetos informacionales, pero por otra parte le son anómalas. Ahora bien, por encontrarse ya establecidos como un campo de conocimiento, los procedimientos para salir de esta encrucijada deben ser de índole epistemológica. De ahí que se tenga que ubicar a la imagen dentro de unas coordenadas conceptuales: se había señalado que las imágenes eran caracterizadas históricamente como entidades anómalas, pero ahora desde una perspectiva epistemológica deben ser conceptualizadas como *objetos periféricos* en contraposición a los *objetos integrados*; estos últimos son los objetos que se consideran como propios y ya establecidos dentro del campo, como es el caso de los objetos bibliográficos. Por su parte, los objetos periféricos son tales en cuanto que *no* son ajenos a lo que propiamente se comprende como objetos bibliotecológicos, pero cuyo elemento bibliotecológico tiene una especificidad que no comulga del todo con lo que tradicionalmente se ha considerado como bibliotecológico. La imagen es un objeto informacional con una peculiar carga informativa que tiene características distintas respecto a la dimensión informativa de los objetos bibliográficos, lo que hace de ella un objeto periférico que gravita en la periferia del campo sin acabar de ser integrado a éste. Por ello, el nombre epistemológico del juego se llama *transfiguración* de un objeto periférico en un objeto integrado. Esta transfiguración toma significado por ser un proceso cognoscitivo de construcción conceptual y teórico, lo que nos lleva a dar otro paso atrás.

Al hacer referencia a la construcción conceptual y teórica de un objeto, en este caso la imagen desde los supuestos de

la bibliotecología, para convertirlo en un objeto fundamentado bibliotecológicamente, se está señalando un proceder epistemológico que conlleva en su despliegue una serie sistemática y concatenada de procedimientos cognoscitivos, sobre los cuales no se ahondará aquí debido al carácter sintético de esta exposición. Por eso sólo se perfilarán las líneas centrales de tal proceso constructivo, así como a contraluz se hará una crítica a la base epistemológica aún prevaleciente de una u otra manera en el campo bibliotecológico: el positivismo.

Las imágenes que circulan en la realidad social cotidiana se ofrecen a la percepción inmediata de las personas, a una visualidad que sólo atina a mirar, ver o, en el mejor de los casos, observar la superficie de las imágenes. No se plantea su *lectura* como vía de acceso a su contenido; sólo se da lugar a un cúmulo de preconcepciones caracterizadas por un empirismo superficial donde las imágenes se dan como algo por sentado que no requiere cuestionamiento alguno. Por el contrario, cuando un objeto de la vida cotidiana es incorporado a un campo de conocimiento cambia necesariamente su estatuto cognoscitivo; tal estatuto es integralmente reconstituido cuando, como explica el gran epistemólogo francés Gaston Bachelard, se ejerce el *corte epistemológico*, que es el procedimiento cognoscitivo mediante el cual los objetos de la vida cotidiana son depurados de sus adherencias empíricas y con ello son puestos en disposición para iniciar su proceso de construcción como objetos de conocimiento bajo el fundamento de la disciplina que está llevando a cabo tal construcción epistemológica.

Cabe señalar que dependiendo del grado de desarrollo cognoscitivo de la disciplina en cuestión se puede realizar con menor o mayor precisión y rigor el corte epistemológico: un campo de conocimiento plenamente desarrollado despliega el corte epistemológico con un filo máximo para

refinar sus objetos de su pátina empírica; tal es el caso de los campos de conocimiento propios de las ciencias duras o naturales. De hecho, en gran medida, tal rigor en el corte epistemológico es el que les ha brindado su solidez y concatenación científica. Por el contrario, en los campos que laxamente llevan a cabo el corte epistemológico, como es el caso del campo bibliotecológico, la construcción epistemológica de sus objetos y prácticas queda aún trabada por la filtración empírica, y ahí los conceptos son apenas un barniz racional que recubre objetos y prácticas signadas por un empirismo cercado por la técnica y, por ende, la elaboración teórica no alcanza a consumarse de manera plena.

Si en el campo bibliotecológico se toma conciencia sobre la necesidad de lo que significa la empresa de construcción epistemológica de prácticas y objetos, se podrán ajustar los engranes del corte epistemológico y con el filo justo cortar las adherencias empíricas e iniciar así el denso camino hacia la construcción conceptual y teórica. Una muestra para recorrer esta senda epistemológica puede ser la construcción de la imagen, la cual se presta de manera ejemplar debido a su estatuto de objeto periférico.

Al ser ejercido con rigor el corte epistemológico sobre la imagen, le quita todos los recubrimientos con que las preconcepciones la conciben en la vida cotidiana para poner de manifiesto su dimensión informativa, por lo que ahora es establecida (no como una entidad estética, que sería la dimensión que interesaría resaltar en el campo de la historia del arte) y conceptualizada como *objeto informacional*. Esta primera conceptualización se depura en cuanto a tal objeto se le concibe inserto en una red de relaciones, con lo que, por otra parte, se pone de manifiesto la fuente epistemológica seguida: un constructivismo cuya deriva es de carácter relacional. En esa red de relaciones constituida por

los diversos objetos y prácticas del campo bibliotecológico en su conjunto, la imagen se relaciona de manera inmediata y lógica con el nodo más cercado de la red, que es la *lectura*; esto es, específicamente con la “lectura de imagen”. Lectura que, evidentemente, también ha sido producto del corte epistemológico, por lo que es conceptualizada como una instancia de acceso a la información contenida en la imagen, a diferencia de las preconcepciones cotidianas que sólo columbran una mera visualidad empírica; esto es, un mero ver la imagen.

La imagen y su lectura como objeto de conocimiento se establecen como una relación emergente en cuanto se manifiesta en la instancia *convergente* de la información: nodo central de la red que “incide” en todas las prácticas y objetos, las cuales a su vez “coinciden” en/con tal nodo. Haciendo uso de una analogía, podría decirse que la información semeja la función auténtica (desfetichizada) del dinero: es la mercancía cuyo valor consiste en facilitar la circulación de las demás mercancías, por lo que es el intercambiador general de ellas en la sociedad. Análogamente, la información facilita la circulación y relación de los objetos y prácticas, por lo que permanentemente converge en la relación entre ellos en el campo bibliotecológico. De esta forma, se construye conceptual y teóricamente la imagen al establecer una relación con otro objeto o con una práctica. Así, la imagen se constituye como un objeto fundamentado bibliotecológicamente o, en otras palabras, un objeto bibliotecológico y, en cuanto tal, pasa a establecerse como un objeto integrado con los demás objetos considerados indeleble y tradicionalmente bibliotecológicos. La imagen objeto con identidad bibliotecológica.

Por otra parte, la crítica anunciada al positivismo debe comprenderse a contraluz del proceso de construcción epis-

temológica explicado anteriormente. El positivismo fue y ha seguido siendo de una u otra forma la orientación cognoscitiva predominante: cuando se constituye hacia mediados del siglo XIX el campo bibliotecológico, la epistemología que en ese momento actúa como connatural a la ciencia es el positivismo debido a que se da una peculiar simbiosis entre ambos al grado de que pareciera que el positivismo es la propia y profunda voz de la ciencia, y que expresa su autodespliegue cognoscitivo. De ahí que el positivismo fuera el basamento epistemológico sobre el que se erigió la constitución del campo hasta el momento actual: el límite de su fase de constitución. Esta corriente tiene la virtud de que se ajusta a lo que en términos generales se cree que es la ciencia: una especie de “sentido común” del quehacer científico, cuando en realidad ha sido una ardua y compleja elaboración de interpretación del desenvolvimiento de la ciencia. Todo lo cual le ha permitido un prolongado ciclo de vida, durante el que también ha sufrido mutaciones adaptativas, para no soltar a su presa, la ciencia, por lo que, incluso, ha infectado la conciencia de científicos e investigadores, al grado de estatuirse como una forma de mentalidad que marca, con su impronta, sus reflejos cognoscitivos, incluso inconscientemente.

Grosso modo, los supuestos centrales que sustentan al positivismo pueden caracterizarse como un empirismo que apela a la observación sin supuestos o, en la expresión laicamente religiosa de Pierre Bourdieu, a la “inmaculada percepción”: el conocimiento se lleva a cabo partiendo de la percepción como observación sin contaminantes conceptuales o teóricos. Como correlato de tal disposición cognoscitiva, se encuentra el objeto que ha sido seccionado del entorno en que se ubica. Se le aísla de las relaciones en que de manera natural está inserto con los demás objetos. Así

el objeto en su orfandad relacional es entregado a la inclemente observación incontaminada para su análisis, del que se extraerá un conocimiento. Como correlato de esta manera aislacionista y segmentadora del conocimiento, ocurre el trabajo investigativo parcelado; es decir, especializado de investigadores y científicos, quienes se avocan durante el transcurso de su carrera a un conocimiento altamente especializado sobre ciertos objetos seccionados de sus relaciones con los demás objetos de la disciplina del conocimiento en el que se trabaja. De esta manera, el positivismo actúa hasta en los estratos inconscientes al determinar el proceder cognoscitivo de los integrantes de un campo. Esto se refleja en una actitud de desconfianza y defensiva frente a propuestas epistemológicas opuestas. Incluso, para no perder pie, se señala que otras propuestas epistemológicas distintas de una u otra manera están preñadas de positivismo: “no hay alternativas, por doquier se manifiesta un *panpositivismo*”. Cabe reconocer que el positivismo actuó positivamente al ser la fuerza motriz cognoscitiva que impulsó al campo bibliotecológico durante su fase de constitución, pero una vez que se ha llegado al límite de susodicha fase queda en evidencia su inviabilidad para seguir conduciendo al campo hacia su fase de autonomía. Sigamos yendo hacia atrás en la argumentación.

El desenvolvimiento de la ciencia no ocurre como si se mejorara una carrera continua de relevos donde cada científico o época científica fuera un relevo de lo anterior. Por el contrario, es un despliegue caracterizado por la discontinuidad: de ahí que entre la fase de constitución y la de autonomía del campo bibliotecológico haya discontinuidad, la cual se hace efectiva a partir del corte epistemológico propuesto por Gastón Bachelard. Aquél no sólo actúa hacia el exterior en relación con la empírea cotidiana, sino también al inte-

rior del campo al romper con la fase precedente, en la que aún prevalecen adherencias empíricas que le dan sustento al predominio de la técnica sobre la cual a su vez se apoya el positivismo seccionador de los objetos y del trabajo de investigación. Ejercer el corte epistemológico sobre el límite de la fase de constitución del campo bibliotecológico conlleva un efecto en cadena al reconstituir o, más exactamente, plantear una propuesta epistemológica diferente a la prevaliente para conducir al campo a su fase de autonomía.

Esta nueva fase se caracteriza por la construcción integral, conceptual y teórica de sus múltiples objetos y prácticas. Ahora bien, el corte epistemológico no es un accionar trascendente al proceso de conocimiento del campo; por el contrario, se despliega a partir de la actividad cognoscitiva individualizada y concreta: la construcción conceptual y teórica de cada práctica y objeto propio del campo bibliotecológico entraña ya la puesta en marcha del corte epistemológico. Si tal proceso constructivo individualizado se convierte en una acción coordinada para llevar a cabo la construcción conceptual y teórica (lo que significa una toma de conciencia de su necesidad por parte de los integrantes del campo) de la integridad de los objetos y prácticas, el corte epistemológico se convierte en una empresa genérica que se ejerce sobre el límite de la fase de constitución del campo para hacerlo transitar a su fase de autonomía. Este señalamiento deja implícitamente al descubierto que incluso los objetos y las prácticas establecidos tradicionalmente como objetos integrados, en no pocos casos requieren ser contruidos epistemológicamente, lo que implica depurarlos de sus adherencias empíricas y cuya operatividad se encuentra predeterminada técnicamente. Pero por algún lado se comienza siempre, y suele ocurrir que esos comienzos se presentan en remotas y perdidas regiones que por lo mismo no son estimadas ni consideradas.

Son regiones periféricas, alejadas del centro de los acontecimientos trascendentes o llamativos, pero que desde esa lejanía inician reacciones cuya creciente onda expansiva a la larga lo trastoca y transforma todo. El cristianismo fue inicialmente un brote religioso perdido en un remoto y desértico rincón del imperio romano.

La construcción conceptual y teórica de la imagen (y la lectura de imagen) es, pues, apenas un pequeño paso, una breve muestra que pretende contribuir a que el campo bibliotecológico se encamine hacia su fase de autonomía. Esta contribución por su propia cualidad, esto es, la fundamentación de la imagen como un objeto con identidad propiamente bibliotecológica, es un aporte notorio que se hace a la agenda internacional de información, dentro de la cual la información visual debe tener un lugar insoslayable y que incluso se anuncia cada vez más preponderante. Ahora bien, subrepticiamente hay un aporte aún más importante: que el campo bibliotecológico pueda ofrecer a la agenda internacional de información un objeto que ha sido construido epistemológicamente desde sus propios supuestos, muestra el potencial de este campo para avanzar y dar una base de sustentación cognoscitiva consistente; por otra parte, el aporte es abrirse un lugar en la agenda internacional de información, o se puede tener una presencia relevante en tanto que tiene algo preponderante que decir en la sociedad de la información.

Así, puede concluirse que la imagen construida conceptual y teóricamente desde los fundamentos bibliotecológicos podría considerarse como la punta de lanza de un campo de conocimiento, y que entre más afilada esté esa punta, con mayor profundidad calará en el centro de la agenda internacional de información que señala el conjunto de actividades en este periodo llamado sociedad del conocimiento.